

El niño que guarda un ruido

*“y aún tengo la vida
y la memoria clavada en mis retinas”.*

Guillermo Vigliecca

1

Un estruendo me hace saltar de la cama. Un fogonazo de luz ingresa por los rincones de la casa. Corro a cerrar las ventanas abiertas. Una cortina de agua se desploma sin tregua. La luz se corta. Para mi suerte mi hija sigue durmiendo. Calmo a mi compañera que continúa reposando con placidez. Me desvelo. Me sirvo un vaso de agua y me siento en el sillón, de frente al ventanal, a percibir los truenos. Un rayo cae muy cerca, lo sé por la distancia entre el relámpago y el ruido. A los segundos otro más. Estamos en el ojo de la tormenta. La casa nos cubre de la intemperie. Nos cuida del abismo que se precipita fuera.

Antes de volver a sentarme en el sillón voy hasta el dormitorio de mi hija, la arropo, ella se gira y sigue durmiendo como si nada pasara. Me quedo un rato observándola, mientras los refucilos cortan la oscuridad de la habitación.

Vuelvo al living.

Un estruendo fuerte, que hace vibrar el ventanal, me retrotrae treinta años. A aquella mañana de noviembre. Hacía mucho que no me acordaba, pero la estampida del trueno me devuelve a aquel patio de escuela mientras jugábamos en el recreo.

Tiré la piedra al aire en el número cuatro de la rayuela. Al caer todo explotó. Tenía nueve años. Una estampida sacudió la tierra. Después otra más. Entre las corridas sin saber hacia dónde escapar un vidrio estalló a pocos metros y el estruendo me tiró al piso. Las ventanas se partieron atravesadas por la onda expansiva. Miré, las corridas, el polvo asfixiante, los guardapolvos blancos desbandados, sin cobijo ni lugar, llenos de terror.

En un arrebato de desesperación todas las clases fueron puestas en el comedor. Recuerdo la montonera, el olor a tierra revuelta y las caras con la mueca desorientada. Nadie sabía lo que sucedía, ni qué eran esos estruendos que hacían temblar la tierra. Las explosiones no se detenían, continuaban con una sucesión sin lógica. En un momento de incertidumbre comenzó a correr el rumor de que se trataba de la Fábrica Militar. La mayoría de los que íbamos a la escuela teníamos a algún pariente que trabajaba ahí. Eso generó un estupor aún mayor entre los que estábamos en el comedor. Llantos, griterío. Me acuerdo de Roberto que me comentaba que su padre ese día no había ido a trabajar. Cuando las explosiones continuaron recordó que ese día fue a la fábrica a cobrar. También se puso a llorar, como todos alrededor.

Mi hermano de 5 años estaba en el jardín, al lado de la escuela. Las maestras no sabían qué hacer con nosotros. Poco a poco fueron llegando familiares a retirarnos. Vino mi madre. Atiné a recoger mis cuadernos pero no hubo ese tiempo. Mi madre desesperada con mi hermano en brazos tironeaba de mi mano para correr hasta casa. Mi padre estaba trabajando en la fábrica. No sabía nada de él. Cuando llegué a mi casa me enteré. Había explotado la Fábrica Militar donde se construían, entre otras cosas, armas de guerra. Yo no lo ví, solo después por imágenes en la televisión, pero cuando explotó la fábrica se produjo un hongo de fuego y humo que se vió desde distintos puntos de la ciudad.

Me acuerdo de las explosiones, un zumbido quedó silbando en el oído, un ruido guardado resonando en el interior de la memoria.

2.

La tormenta continúa, la lluvia cae copiosa y pega en el vidrio del ventanal. Entre las visiones que me permiten los relámpagos se me entremezclan las dificultades que tuvimos con mi compañera para concebir a nuestra hija. Nunca supimos a ciencia cierta cuál fue la imposibilidad. Sin embargo, un mes de abril, después de un viaje placentero, estábamos embarazados. Hoy esa nena tiene cinco años y duerme con cierta tranquilidad, pese a la fuerte tormenta que se desata fuera.

Estoy con las imágenes en carne viva, por más que hayan pasado treinta años. ¿Cómo se manifiesta un suceso con esa claridad después de tanto tiempo? El miedo queda ceñido a la piel, una cicatriz profunda, que por más que se cure, deja la marca. El sonido quedó rebotando en la caja de cráneo, un miedo silencioso, haciendo eco hasta hoy.

Sobre este ventanal, entre truenos y lluvia veo pasar como fotografías aquellos días.

No me acuerdo si mi madre llegó a ponerle llave a la casa ni si armó un bolso con ropa. Todo sucedió tan rápido que es difícil precisar de manera lógica cómo se fueron encadenando los hechos. Apenas pasamos por casa. Nos fuimos con unos vecinos en una camioneta tipo F100 roja y blanca, tosca, de una cabina. Amontonados huímos hacia Tancacha donde vivían mis tíos. La ciudad se veía con un tinte desesperado de abandono. Las puertas de las casas estaban abiertas de par en par, las calles tenían pedazos de cascotes de tierra y piedras tiradas entre las esquilas. Mucho humo, polvillo y un olor particular, que tiempo después me enteré que era a pólvora.

En la camioneta F100 tomamos un camino de ripio del tránsito pesado. Íbamos a una velocidad fuerte, bordeando la ciudad para mantenernos lo más alejado posible de la fábrica. El tráfico era abundante, la gente enloquecida escapaba como podía, algunos

caminando con bolsas en la mano, otros en bicicleta y motos, mientras se escuchaban las detonaciones.

Había que respirar por la boca, con un pañuelo que cubría parte de la cara. Mi hermano, que iba a la falda de mi madre, jugaba a sacarse el pañuelo de la cara y me sonreía. Aún no entendía lo que pasaba: *“Hay que respirar por la boca”*, decían en la radio. Hablaban de un gas en el ambiente. Si no se respiraba por la boca se corría el riesgo de que te explotaran los pulmones. La F100 desprendía un polvo que al mirar hacia atrás parecía que un fantasma marrón nos perseguía. Deseaba ver a mi padre. En ese momento no pensaba en otra cosa, la desesperación por saber si estaba con vida.

Era casi el mediodía cuando llegamos a la casa de mis tíos. En la televisión había imágenes desoladoras de como se encontraba la ciudad, de la gente huyendo por todos lados, de las casas destruidas según la cercanía con la fábrica, de los pedazos de bombas humeando aún sin explotar, de las esquirlas que caían como una lluvia pesada y caliente.

En la entrada de la casa de mis tíos, en Tancacha, esperaba a mi padre. Esperaba el momento, como esperé hasta ahora sentir la necesidad imperiosa de contar, y que en el juego imaginativo pudiera encontrar resquicios de justicia o al menos pasar la yema de mis dedos sobre la suavidad fina de la cicatriz. La conciencia de mis nueve años alimentaba un llanto que me llega hasta hoy, con un calor infernal para aquel 3 de noviembre. Dibujaba con un palito sobre los mosaicos formas invisibles que me permitieran soportar la espera. Adentro mi madre hablaba con mis tíos y primos, no recuerdo qué, las palabras indecibles no permitían relatar el espanto. Mis primos me invitaban a jugar, pero no quería.

Me quedé sentado, con el cuerpo hecho un bolita, hasta que vi a mi padre entrar por el pasillo con la moto al lado.

Llegó tres horas después, con la camisa azul de la fábrica desabrochada, la cara sucia y sudada. Corrí y lo abracé. Me dejé estar en sus brazos. Lloré mucho y sentí un peso terrible sobre mis hombros.

Esa tarde lo acompañé a comprar vino blanco a un almacén devenido en super, llamado “El precio justo”. Me acuerdo de mi primo, llegando al rato y comentando que *el Gustavo aumento todo, se fue a la mierda, con esto que pasó en Río Tercero, subió los precios el culiado.*

Mientras mi padre se tomaba un vino, sentados en el patio, nos relató lo que vivió en esas horas cruciales, donde la vida era endeble para cualquiera que estuviera en las inmediaciones de la fábrica. Él justo había salido a hacer un trámite. Cuando explotó lo agarró en Barrio Escuela, que era una zona aledaña a los polvorines. Fue a la casa de doña Dagatti y dejó la moto afuera. La miraba por la ventana mientras pensaba que si le caía un fierro caliente explotaba. *Vos viera como llovían esquirlas.*

Estuvimos una semana en la casa de mis tíos, refugiados, durmiendo en el piso, jugando a la pelota y saliendo a andar en bicicleta. En la televisión aparecía el Presidente de la República Carlos Saúl Menem y el Intendente Carlos Hugo Rojo, diciéndoles a los periodistas que: *“Se trata de un accidente, no de un atentado. Ustedes tienen la obligación de difundir estas palabras”*. Nadie le creía. Mi padre, que en un momento de su vida trabajó en la fabricación de armas, decía que era imposible que una chispa de un motor produjera semejante atrocidad. Alguien lo había provocado, *hay intereses detrás de todo esto*, comentaba. Para mi corta edad aquello no entraba en mi entendimiento. Solo pensaba en mi perro: “El Lazi”.

3.

Sentado de frente al ventanal, con los relámpagos invadiendo la penumbra de la noche, vuelvo a aquellos ojos que narran un ruido. Me acuerdo de una procesión de gente por la ruta volviendo a la ciudad después de una semana del atentado. El calor intenso, el viento. Se regresaba como si volviéramos de un exilio precario, nuestros cuerpos llenos de miedo. En una moto Zanella 50cc, la misma con la que llegó mi padre, íbamos los cuatro. En la ruta, con su banquina pronunciada, apenas nos manteníamos en equilibrio. Mientras avanzábamos vimos que alguien venía en sentido contrario. Hacía unos movimientos, al acercarnos más, agitaba los brazos. Cuando estuvo a nuestro lado decía que pegáramos la vuelta, había explotado de nuevo.

Se percibía en el aire una nube, gris y sofocante. Algunos estruendos se escuchaban a lo lejos. El olor a pólvora nublaba la visual y el miedo al horror estaba latente en nuestros cuerpos. Retrocedimos, volvimos a la casa de mis tíos, con la esperanza trunca.

Al llegar mi tío nos dijo: “¿De vuelta por aquí?” Siempre tuvo esa manera de ser, un tanto olvidadiza y despistada, sin comprender el contexto. Al vernos fue hasta el galpón a buscar los colchones donde dormíamos. Los había atado con alambres “sanmartín”, un alambre grueso y plateado. Tuvimos la suerte de que mi tío mantuviera ese humor tan particular que alegraba el espanto en el que nos encontrábamos. Mientras se desenrollaba el colchón, con mis primos nos pusimos a jugar al fútbol.

Se decía que la ciudad había quedado regada de bombas desparramadas por los barrios. Muchas de ellas no se sabía si estaban o no detonadas. Había que avisar a Defensa Civil para saber en qué condiciones se encontraban, si tenía o no espoleta detonada. Mientras tanto pensaba en la suerte que habrá corrido nuestro perro: El Lazi.

Un día mi padre vino con un cachorro en los brazos. Lo traía de la Fábrica Militar. Siempre había perros abandonados a los que los operarios le daban comida y el que tenía

suerte pasaba a una casa con alimentación regular. Ese día mi abuela, que vivía a unos 50 kilómetros, estaba en casa por unos días. Abrazó al perro y pudimos sentir una emoción que persiste en nuestros ojos, por más que ella esté muerta y el perro también. Le pusimos “Lazi” de nombre. “El Lazi”.

Llegó dos años antes del atentado. El día de las explosiones el perro escapó, corrió, huyó como todos, buscando la salvación, la distancia del ruido. A él también se le quedó guardado el ruido adentro, como a todos. Pero volvió.

A los tres días de aquella vuelta trunca pudimos volver a casa. Él apareció, meneando la cola, lastimado, cansado y confundido. Los recibimos con mucho cariño. Lo bañamos y lo acariciamos por un largo tiempo para calmar la emoción del reencuentro. Él se dejaba bañar sin ningún tipo de problema. Cuando caminábamos hasta el bajo del río que se encontraba a unos cuatro kilómetros, el Lazi se metía y chapoteaba en el agua. Entraba y salía, se revolcaba en la arena, se zangoloteaba para todos lados y volvía sumergirse. Luego se quedaba descansando sobre la gramilla y le colgaba su larga lengua hacia afuera, mientras respiraba agitado.

Los días en Río Tercero parecían asentarse. Nosotros tuvimos la suerte de que no se nos rompió nada en la casa, solo unos vidrios y algunas rajaduras en la paredes. Pero otras personas perdieron todo. En Barrio Escuela y Las Violetas muchas casas se derrumbaron o fueron atravesadas por las bombas. Al recorrer las imágenes de lo que fueron aquellos días todo parecía estar teñido de amargura, una ciudad arrasada por una guerra. En mi casa teníamos un pedazo de esquirla, era un hierro pesado y macizo.

Pero la paz solo iba a durar unos días.

4.

Me levanto del sillón, voy hasta el cuarto de mi hija a calmar un quejido. Me fijo y está dormida. Pienso. ¿Cuántos sucesos del pasado forman trabas en el devenir de nuestra vida? No lo sé responder con precisión, más vale es un pensamiento. Una tarde, sentado en una terminal de ómnibus, me puse a indagar en mi interior sobre la imposibilidad que veníamos teniendo con mi pareja de concebir. Todos los análisis clínicos daban correctos. Presentía que era una cuestión más emocional. Me puse a pensar que mi paternidad estaba trancada, que un suceso del pasado obstaculizaba los próximos pasos. En esa misma terminal fue cuando apareció un llanto profundo, que me conectaba con aquel mes de noviembre de 1995, donde de alguna manera sentí que la muerte de mi padre podía ser un hecho concreto.

El 24 de noviembre volvió a explotar la fábrica. Ese día lo recuerdo, como al 3, de la misma manera que se perciben las fechas de las muertes de los seres queridos. Frente a la

casa de Claudio había un baldío donde teníamos una cancha. Era una siesta con mucho calor. Jugábamos al fútbol. Vi que mi padre llegó a buscarme en la moto. Antes de que pudiera hablar un estruendo sacudió todo. Me acuerdo que vi a Marisel, la madre de Claudio, yendo a cerrar una ventana cuando la onda expansiva le quebró el vidrio a metros de su cuerpo. La ví, en cámara lenta, caer hacía atrás, su gesto desencajado. Corrimos, yo en la moto con mi padre.

Mis vecinos, los que nos llevaron a Tancacha el 3 de noviembre, se quedaron en su casa, nunca se fueron y jugaban al fútbol en su patio enorme. Nosotros esta vez fuimos para Almafuerte. Una procesión que reeditaba el espanto, una caravana de autos, motos, gente caminando, con lo que pudo agarrar.

A los días regresamos.

Alrededor del mes de la primera explosión volvimos a la escuela. El profe Mario nos alegraba tocando el saxo, después con la guitarra y cantando. Los pocos que éramos en el salón habíamos perdido el horizonte y nos sentábamos de forma irregular, arriba de los bancos, buscando de dónde sostenernos. Me acuerdo de que llorábamos y nos sonreíamos, al vernos con timidez. Volvíamos a cerrar aquel año tan nefasto. Nos preguntaba qué canción queríamos escuchar, y él tocaba el Himno de la alegría con el saxo. Mucho no sabíamos cómo volver a construirnos. La música se nos volvió una aliada. Mario tocaba el saxo, movía las llaves con sus dedos, mientras un aire verde ingresaba en su cuerpo para salir transformado en alegría. El entusiasmo era notorio, los ojos, los pocos ojos que miramos intentábamos no llorar, y necesitábamos más vale reír un poco. Entre las notas musicales se colaban estruendos, nadie sabía si eran reales, del momento, o nos habían quedado pegados en el vibráfono del tímpano. Cuando veo a León Gieco me acuerdo del profe Mario y su bigote negro tupido.

5.

La tormenta se ha calmado. Los relámpagos están distantes en un cielo oscuro que aún sigue desprendiendo agua. Se aleja, como los recuerdos, pero en algún momento vuelven a regresar. Lo sé, es una cuestión natural de la vida.

Durante las fiestas navideñas se prohibieron tirar fuegos artificiales y bombas de estruendos, sin embargo algunas personas lo hacían. El Lazi se ocultaba, lloraba y pedía esconderse en algún sitio dentro de la casa. El ruido, que permaneció en él como en todos nosotros, se despertaba.

Cada vez que llegaban las fiestas y se escuchaban algunas bombas de estruendo, era inevitable no sentir una sensación de desolación.

Todos los Año Nuevo íbamos a pasar a Tancacha. Ahí estaba la costumbre de que el Intendente de la ciudad, Cachón Ramondelli, que vivía al frente de la plaza principal, tiraba fuegos artificiales y bombas de estruendo. La gente se amontonaba en la plaza y el Intendente repartía dádivas para las infancias, ya sea chupetines, chocolates y pirotecnia.

Después de las explosiones la ciudad quedó con un ruido guardado. El temor a que volviera a suceder lo mismo se mantuvo en vilo durante toda la infancia de mi generación. Comenzaron a aparecer otras preocupaciones que antes no estaban tan presentes como después de las explosiones, por ejemplo los escapes de gas de las fábricas Atanor y Petroquímica. En la escuela realizamos simulacros de evacuación según lo que sucediera. También ante la posibilidad de un escape de gas había un protocolo de seguridad. En equipos hacíamos distintas tareas, como encintar las puertas y las ventanas, sintonizar la radio, ponerse en contacto con Defensa Civil y mantenernos en calma.

Una alarma especial sonaba en toda la escuela. Nos mirábamos de reojo y al siguiente segundo estábamos en alerta. Formados como un ejército al lado del banco. Cada cual se dirigía a cumplir el rol que tenía asignado. Yo estaba encargado de la ventana al lado de los baños. Con una silla me subía hasta el ángulo superior y desde la punta bajaba la cinta que otro compañero sostenía desde abajo.

El año después de las explosiones vino a mi escuela un canal de televisión que filmó un documental retratando lo que hacíamos cuando había un escape de gas. Busqué en internet para ver si encontraba el programa pero no tuve éxito. El canal se llamaba Quality.

6.

Ahora en el ventanal, viendo como la lluvia se calma y los relámpagos son aislados, siento que el ruido quedó guardado. Pasó mucho tiempo en mi interior para que se generen las primeras filtraciones, donde la memoria con sus modos esquivos de rememorar, me permitan contar en una primera persona el horror colectivo de una ciudad que parecía estar en guerra. A medida que me interno en ese día comienzan a desarrollarse otros recuerdos, que me atrevo a recorrer como una fina cicatriz depositada en mi mirada de la infancia. Me alborota ante el recuerdo que vuelve a encontrarse conmigo treinta años después. Es un hilo fino de telaraña. Con una sutileza, que requiere de tiempo y paciencia, voy atrayendo hacia mí, en un silencio que solo la noche es capaz de ofrecer. Palabras sueltas, recuerdos que parecen ajenos pero colectivos, son dispuestos en una ceremonia que se encadenan con otras afecciones, que resultan de la conjunción de vivencias que sostienen mi presente.

En el momento de las explosiones, mi padre tenía un poco menos de la edad que tengo hoy. Desde ese día me transformé en el niño que guarda un ruido, en el niño que tiene un ruido atrapado en el cuerpo de un hombre. Lo he naturalizado y convivo con él

como una radio mal sintonizada. También se introduce en las noches, donde el silencio es algo impreciso. Quedó guardado, como quien entierra algo sin darse cuenta y sobre ello se construye la vida. No sabré con seguridad si es así. Tampoco sabré encontrar las palabras precisas para decirlo. Menos aún podré saber si la imposibilidad de paternidad tenía que ver con el miedo de perder a mi padre. Pero al sacar la emoción hacía fuera habilitó un camino de pensamiento que me ayudó a curar ese temor.

Mientras jugaba al fútbol en un campito de mi barrio se escuchaba resonar la detonación de explosivos en San José de la Quintana, un pueblo cercano a Despeñaderos. Habían transportado los explosivos que aún no estaban detonados para accionarlo y que no corrieran el peligro de explotar de nuevo en la ciudad.

Siento la tibieza de mis lágrimas. Aquella mañana de mi niñez. Por más que ingrese sobre el túnel de la memoria me detengo en esas horas cruciales y siempre recuerdo lo mismo: el estruendo, las corridas y un ruido que quedó resonando en la caja del cráneo.

David Sitto